

na, abracémonos á ella, y no la dejemos hasta que nos haya conducido al cielo, pues como habeis visto demostrado, ella únicamente puede formar nuestra alegría y nuestro consuelo.

Cruz santa y adorable, árbol hermoso de la vida, escala de Jacob, vara prodigiosa del divino Moisés, Cristo nuestro Salvador, ven en nuestra ayuda, comunícanos esa virtud que exhalas, y ya que en tus brazos se consumó la Redencion de la humanidad, que en tí como en blando lecho descansó el Salomon divino y verdadero, triunfando de todos sus enemigos, permítenos que te veneremos en la tierra con todo el fervor de corazones agradecidos. Y vos, Redentor amorosísimo de la humanidad, que convertisteis el madero de la Cruz en cátedra de divina enseñanza, haced que á imitacion vuestra, y segun el ejemplo que nos disteis, perdonemos á todos nuestros enemigos, que viviendo en el cumplimiento de la divina ley, nos aprovechemos de los frutos de la Redencion, y que por la hermosa escala de la Cruz y de los padecimientos, subamos sin tropiezo hasta llegar un dia á las mansiones de la perdurable felicidad, que es la posesion de la gloria. *Amen.*

SERMON

DE

ROGATIVA Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

EN TIEMPO DE UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

*Merito hæc patimur, quia peccavimus....
idcirco venit super nos ista tribulatio.*

Justamente padecemos, porque pecamos.... por esto ha venido sobre nosotros esta tribulacion.

Gén. cap. XLII, v. 21.

Petite, et dabitur vobis.

Pedid, y se os dará.

Math. cap. VII, v. 7.

¿Qué objeto, M. A. O., os trae en esta mañana al pié del altar Santo? ¿Por qué vuestros semblantes traen marcadas señales de tristeza? ¿Qué puede motivar esas lágrimas que bañan vuestras mejillas y esos hondos suspiros que salen de vuestros lábios? Mas no sé en verdad por que os pregunto, cuando yo tambien siento la afliccion en mi corazon, al observar la calamidad con que el Señor se ha dignado visitar-nos, y cuyas consecuencias son tan deplorables. Dios que nos ha criado para sí, que tan á manos llenas nos

ha dispensado en todo tiempo sus misericordias y bondades, cuya Providencia ha resplandecido siempre en nuestro favor, levanta al presente sobre nosotros el brazo airado de su justicia. ¿Qué es esto, mis hermanos? ¿Tal vez que el Señor se complazca en afligir á los que son sus hijos? ¿Tal vez que se goce en vernos padecer? ¡Ah! De ningun modo: si en el orden natural no encontráreis un padre que se gloríe en atormentar á su hijo, ¿cómo Dios que es un Padre infinitamente bueno de todas las criaturas ha de encontrar complacencia en enviarle calamidades como la que al presente nos aflige? Poned cada uno de vosotros la mano en su corazón, registrad los senos de vuestra conciencia, examinad vuestro modo de obrar, ved si vuestra conducta es verdaderamente cristiana, y entonces os confundireis en la presencia del Señor y no podreis menos de exclamar como los hijos de Jacob en Egipto: Justamente padecemos porque hemos pecado... *Merito hæc patimur, quia pecavimus... idcirco venit super nos ista tribulatio.*

Si cristianos: hemos pecado, hemos veces mil provocado con nuestras infidelidades la justicia divina: nos hemos hecho rebeldes á nuestro Dios, esclavizándonos voluntariamente al demonio: sin embargo, el Señor no nos ha abandonado á nuestro propio consejo que sería la mayor de las calamidades posibles, el máximo entre todos los castigos, y si hoy nos visita con una pública y terrible calamidad, que no es otra cosa que una gracia exterior, es porque no habiendo hecho efecto en nosotros las gracias interiores con las que tan repetidas veces nos ha llamado á sí, quiere que conozcamos por este medio su enojo, que reconozcamos nuestras culpas, y que con lágrimas de dolor, y

verdaderamente arrepentidos, acudamos á impetrar su misericordia.

Aflijidos nos hallamos: una sequía espantosa y prolongada (1) nos amenaza con año de esterilidad y de hambre: ¡Qué cuadro tan desconsolador se nos presenta en lontananza! La madre verá al tierno objeto de sus cariños perecer de hambre sin tener un pedazo de pan con que alimentarle: el niño estenderá sus brazos hacia los autores de sus días y en vano clamará por el sustento: pobres de todas clases transidos de necesidad dejarán de existir en las poblaciones y en los campos... No: no Dios de misericordia, no permitireis tan terribles desastres.

¿Y á quién acudiremos, mis hermanos en estos días de aflicción y de amargura? A Jesucristo nuestro Redentor, á ese Dios hombre que dió su vida por nosotros y que lleno de amor nos dice: pedid y se os dará: *Petite, et dabitur vobis*: á Jesucristo que es el único mediador de propia autoridad y excelencia interpuesto entre nosotros y su Eterno Padre: ¿cómo

(1) Si la rogativa fuese por falta de lluvia se dirá este párrafo, pero si fuese en tiempo de epidemia, se suprimirá y en lugar podrá decirse lo siguiente:

Aflijidos nos hallamos: una epidemia desoladora viene diezmando nuestros pueblos: el ángel de la muerte se pasea inexorable haciendo víctimas desde la morada del poderoso hasta la choza del pastor: ni respeta las canas de la ancianidad, ni la inocencia de la infancia. Respetables sacerdotes que se ocuparan en la santificación de las almas; padres de familia que eran la guía y el sosten de sus casas: jóvenes virtuosos, báculos de la ancianidad de sus padres; niños que aun jugueteaban en el regazo materno... ¡Ah! Qué nada respeta la despiadada muerte: todas las precauciones humanas, todos los recursos de la ciencia son objeto de burla para esa epidemia terrible, para ese azote desolador que viene sembrando por do quier el luto y la desolación.

podrá abandonarnos en el día de la tribulación? ¿Cómo podrá cerrar sus oídos á nuestros clamores? ¿Cómo dejará de escuchar nuestras plegarias? Nos oirá ciertamente, M. A. O., pero es necesario que reconociendo que la presente calamidad es un justo castigo por nuestros pecados, nos hagamos acreedores á su misericordia por una saludable penitencia: *Merito hæc patimur quia peccavimus... idcirco venit super nos ista tribulatio*. Ved el pensamiento que voy á desenvolver en el presente discurso. Imploramos ante todo los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María*.

PARTE ÚNICA.

Cuando la Iglesia se hallaba en sus primitivos tiempos, las asambleas de los cristianos presentaban un espectáculo admirable y digno de observacion. El Crisóstomo habla detenidamente de aquella época feliz en la que ser cristiano era lo mismo que ser santo. La caridad, esa virtud reina y señora de todas las virtudes tenia un trono en cada uno de los corazones: unidos por sus hermosos vínculos los hijos de la Iglesia se amaban mutuamente, viviendo en la adoracion de la Deidad suprema del Señor: la necesidad agena era mirada como propia; nadie hubiera comido tranquilo el pan de la Providencia á vista de un necesitado sin partir con él la dádiva del Señor: sus lenguas empleadas de continuo en alabar á Dios y bendecir su misericordia, jamás se movian para atentár contra la honra de un hermano, haciendo público las faltas en que incurrian; antes

por el contrario, la caridad corria un velo sobre ellos y aconsejaba el bien. La ley de Dios era observada con la mayor escrupulosidad y los hombres trataban de cumplir con exactitud los deberes que nos ligan para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes.

¿Qué se ha hecho, mis hermanos, de aquel primitivo fervor? ¿Dónde encontraremos hoy aquellos cristianos fervorosos que hubieran perdido su vida con el mayor placer, antes que cometer la mas mínima transgresion de la divina ley? ¿Qué se ha hecho de aquella modestia evangélica, de aquella humildad profunda, de aquel desapego de los bienes terrenos y deseo de los del cielo, que era como patrimonio esclusivo de los discípulos y fieles seguidores de Jesucristo? En vano, generalmente hablando, encontraremos tales virtudes en la sociedad de nuestros dias: parece que ya no existen leyes divinas ni humanas; que los hombres han roto toda clase de vínculos y que cada cristiano no tiene mas regla de conducta que las veleidades de su propio corazon. Contemplemos la actual corrupcion de las costumbres, y no podremos menos de conocer cuán justas son las calamidades con que el Señor nos aflige. ¡Ojalá sirvan para abrir nuestros ojos al conocimiento de la verdad!

Empecemos, M. A. O., por la juventud. ¡Ah! desapareció aquel profundo respeto que los hijos profesaban á los autores de sus dias, y que hacen para ellos las veces de Dios sobre la tierra. «Hijos, dice el Apóstol, obedeced á vuestros padres en el Señor por que esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa para que

de este modo seas de larga vida sobre la tierra (1).» Mirad nuestra juventud guiada por su propio consejo, mofarse de los mandatos paternos; semejantes á Chan, que hizo objeto de sus burlas á su padre Noé (2) atraen sobre sí las iras celestiales. Aun la razon no ha tenido en ellos completo desarrollo y ya aspiran á una absoluta independencia: tal vez no saben ni aun los artículos de la fé y se creen autorizados para hablar de religion, haciendo sus preceptos objetos de discusion. No saben lo necesario para salvarse, pero saben blasfemar de la divinidad: nuestros oidos se resienten á cada paso al escuchar las voces escandalosas de esos jóvenes libertinos, que hacen gala de su misma impiedad. ¡Pero que mucho que así suceda! ellos serán los jueces de unos padres indolentes y criminales que, en vez de guiarles por los caminos de la rectitud, les enseñan la maldad desde sus primeros dias: *Filii vestri iudices vestri erunt* (3). ¿Qué ha de hacer un hijo que no vé en sus padres otra cosa que perniciosos ejemplos? ¿Cómo se ha de acostumbrar á la virtud, cuando no ve en su morada otra cosa que vicios y escándalos? ¿Cómo se ha de acostumbrar á bendecir á Dios el que no oye á los autores de sus dias otra cosa que palabras obscenas, juramentos y maldiciones? ¡Ah! padres de familia: vosotros con la perniciosa enseñanza que dais á vuestros hijos, labrais vuestra condenacion y la de ellos: no lo dudeis. Escuchad al Apóstol San Pablo, que dando saludables consejos á los fieles de Efeso, les dice de este modo: «Y vosotros padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos: mas

(1) Ad Ephes. cap. VI. v. 1-3.

(2) Gén. cap. IX. v. 22.

(3) Luc. cap. XI. v. 19.

criarlos en disciplina y correccion del Señor. *Et vos patres nolite ad iracundiam provocare filios vestros: sed educate illos in disciplina, et correptione Domini.* (1).» Grande, terrible, será la responsabilidad de los padres que tal precepto olvidan, ante el tribunal de Dios. ¿Qué paz, qué felicidad puede haber en una casa en la que tiene su asiento el vicio y la maldad?

Fijémonos ahora en otros cuadros sociales: la ambicion, el egoismo, ¿no reinan en la mayor parte de los corazones cristianos, como reinaran en los paganos? Es una triste verdad. Al paso que nada se piensa, que nada se hace por adquirir las riquezas de la virtud, que no se procura atesorar en el Cielo, se trabaja con asiduidad por juntar tesoros caducos y perecederos. Dios ha sentenciado al hombre á ganar el sustento con el sudor de su rostro: quiere que por medios honrosos nos proporcionemos los bienes de la tierra: ¿Y no provocarán su cólera aquellos que no reparando en los medios adquieren grandes riquezas, valiéndose de la usura, chupando cual venenosa sanguijuela la sangre del pobre y del desvalido? ¡Ah! Que tales riquezas están siempre clamando al Cielo, y aquellos que las poseen, no vivirán tranquilos y serán confundidos para siempre. Para tales hombres, la caridad cristiana ha quedado reducida á teorías; mejor dicho, es un vano quimera.

Si seguimos examinando el cuadro social de nuestros dias, veremos que si hay alguna religion es en la apariencia, con muy cortas escepciones: si unos pecan por escandalosos, otros se hacen criminales por hipocresía, ¡máscara pérfida que encubre con el manto de

(1) Ad Ephes. cap. VI. v. 4.